

la vida ; mas fueron despojados de cuanto tenían, y el incendio devoró sus hogares: Moyá quedó convertida en un monton de ruinas.

Esta fué la última proeza del Conde de España. Cansados los individuos de la Junta de Berga de sufrir el *arbitrario despotismo* del Conde, habian obtenido de D. Carlos su deposicion. Para comunicarle la orden, fué llamado á una sesion que debia celebrarse en Avia el 26 de Octubre. Ignorante de lo que pasaba, marchó España de Berga en compañía del intendente Lavandero y de uno de sus ayudantes, llevando su acostumbrada escolta de mozos de escuadra y *cosacos* de caballería. Luego que hubo entrado en el edificio de la Rectoría, donde se celebraban las sesiones, el doctor D. Narciso Ferrer circunvaló de centinelas el local, y aprovechando un momento favorable, entró en la sala de Juntas con un primo suyo y otros hombres armados de carabinas, se arrojó sobre el Conde, le sujetó la mano derecha con su izquierda, y con la otra le tapó la boca : el primo le quitó el sable, y un hermano de Ferrer le cogió el brazo izquierdo, poniendo al mismo tiempo un agudo puñal ante sus ojos. En esta forma le fué comunicada por el doctor la orden de dejar el mando y de salir inmediatamente de Cataluña.

El Conde no hacia más que mirar á Ferrer, mientras la Junta permanecia en profundo silencio. A instancias de Lavandero se permitió hablar al Conde, que mostrándose extrañado de aquella novedad, manifestó estar dispuesto á obedecer, como siempre, las órdenes superiores, y rogó que se retiraran los hombres armados, pues no era justo que se enterasen de lo que allí se tratara.

Hecho así, pidió el Conde un vaso de agua ; se enjuagó la boca repetidas veces, y aparentando serenidad, dijo sonriéndose:—“Vamos, señores : ¿ qué es esto ? Me parece que para sainete basta lo pasado.”—“Aquí no se trata de comedias ni sainetes, contestó Ferrer (D. Narciso), sino de que V. E. obedezca las órdenes del Rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.” Quiso entonces el Conde saber quién era su sucesor, y habiéndosele dicho que lo era el general Segarra, manifestó deseos de que se le aguardase para hacerle entrega del mando; pero le replicaron que esto no podia ser, porque diferia demasiado su salida, y estaban tomadas todas las disposiciones para que se ejecutase aquella misma noche; que importaba apresurar su marcha, antes que, publicándose la noticia de que ya no era comandante general, tuviese algun disgusto por efecto de los muchos resentimientos que habia contra él.

Resignado el Conde á obedecer, suplicó que no atentasen contra su persona, re-

cordando que era un padre de familia y un anciano ; palabras que no dejaron de conmover á los más de los individuos de la Junta , y particularmente al eclesiástico Sampons, quien cogiéndole las manos, le dijo : — “No , mi general, no tenga V. E. ningun cuidado ; que antes pasarán por encima de mi cadáver, que tocar nadie á la persona de V. E.” El Conde, acompañado de Sampons y de otro eclesiástico llamado Villela , salió de la casa por una escalera que conducia á la iglesia, donde rezó un momento. Pocos dias despues, el 2 de Noviembre á media noche, parecia el Conde horriblemente asesinado. Ignorando los pormenores de este drama tenebroso, reproducimos por nota una de las relaciones que acerca de él se han publicado , y que parece verídica <sup>1</sup>. De ella se infiere que Porredon tuvo parte muy principal en

<sup>1</sup> Eran las nueve de la noche (del 26 de Octubre), cuando emprendió la marcha el Conde de España acompañado de don Narciso Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá y el hermano de Ferrer. Montó el Conde en la mula del vice-presidente Orteu , que ya estaba prevenida, haciéndole pasar por la humillacion de no dejarle un caballo, y se dirigieron todos á la rectoría de Sisguer, adonde llegaron á las cuatro de la mañana.

A la media hora de haber salido de Aviá, se volvió Torrabadella, y como vivia en la rectoría donde tenian preso á D. Luis Adell , ayudante del general , entró en su cuarto á cosa de media noche noticiándole á su modo la destitucion que habian efectuado, dando seguridades á Adell para que nada temiese ni por él ni por el Conde. Cuatro dias continuó Adell preso en el mismo cuarto, estándolo tambien los cabos de mozos de la compañía del general, D. Miguel Serdá y D. Pablo Pallarés , un cosaco y un criado del general.

En la mañana del 27, salieron los vocales Sampons y Villela de la rectoría de Sisguer , dejando al Conde bajo la custodia de D. Narciso Ferrer. Este habia mandado á su asistente Ramon Circuns por un vestido de paisano para que se lo pusiese el Conde, á fin de que no fuese conocido con el uniforme de general , y evitar alguna desgracia por la irritacion del pueblo , decia Ferrer. El traje consistia en una chaquetá , chaleco y pantalon de paño oscuro , pero tan viejo , que segun la cuenta que presentó el presbítero Ferrer á la junta , costó ciento veinte reales.

Negóse el Conde á vestir tan humillante traje , y el cirujano Ferrer mandó á varios mozos para que bajo pena de la vida le quitaran el uniforme. Cuando llegaron al cuarto en que estaba el Conde , le encontraron en pié con los calzones encarnados caidos , la casaca de general puesta y los brazos cruzados para evitar que se la quitasen. Díjoles España que no podian despojarle de una ropa que el rey le habia dado; pero viendo á Ferrer y á seis ú ocho mozos que estaban allí , dispuestos á quitársela por fuerza , cedió y le pusieron el vestido viejo de paisano.

Despojado el Conde de su uniforme y de cuanto tenia , salió de la rectoría de Sisguer al anochecer , cubriendo su cabeza el sombrero de tres picos desguarnecido de todos sus adornos. Tomaron el camino de la casa de campo Can Llauden, durante el cual fué diciendo el Conde á un mozo de escuadra (Salvador Coll, que le acompañase hasta Andorra , sin dejarle , y que cuando llegase escribiría al intendente para que le diese seis duros ó igual cantidad á los demás. En la casa de Riu de Vall , se unió al Conde D. Narciso Ferrer , y continuaron marchando toda la noche.

Al amanecer del 28 llegaron todos á Can Llauden , donde se alojaron , y comió el Conde pésimamente. En cambio de este mal trato que le daban se mostró sumamente atento con su verdugo D. José Ferrer.

Al anochecer llegó el mozo Juan Capellas con un oficio que en Aviá le habia entregado Torrabadella para el presbítero Ferrer, con cien duros , una capa de paño , una bata , un cajon de cigarros , tres libras de chocolate y dos maletas con ropa. Acordó la junta remitir este equipaje y dinero al Conde, y se condujo en un mulo del mismo, que Torrabadella mandó entregara al citado mozo. Tambien dispuso la junta que se reforzara con quince mozos más la escolta de Ferrer. A las diez de la mañana del 29 llegaron estos á Can Llauden, é inmediatamente se bañó el Conde. A la una de la tarde se continuó la marcha, dirigiéndose España con el cirujano Ferrer y el cabo Llabot por la bajada de Cambrils á la casa de Pujol , término del Coll de Nargó, donde llegaron á las ocho de aquella noche. El presbítero Ferrer, con el estudiante Masiá, que era el que llevaba la es-



aquel crimen, probablemente en venganza de su separacion del mando cuando volvió del valle de Aran.

pada del Conde, y algunos mozos se dirigieron á la villa de Orgañá, á la cual llegaron á la caída de la tarde, alojándose Ferrer en casa del brigadier Porredon, que era entonces jefe del corregimiento de la Seo y Puigcerdá. A poco rato salió de la casa el subteniente D. Manuel Solana, conocido por ayudante de Porredon, y uno de los asesinos, para buscar al alcalde mayor D. Francisco Riu, vocal de la Junta correccional de Puigcerdá, con el que regresó á la casa de Porredon. Solana volvió á salir en busca de otro vocal, y todos se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en casa de Porredon, y fué á dormir á la casa de Espar (a) Botafós, donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallon, D. Miguel Pons, (a) Pep del Oli, en cuyo cuarto durmió.

Al anoche del 30 salió de la casa de Pujol el Conde, y lo llevaron á la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, en cuyo punto pararon á las nueve de la noche, diciendo el Conde al apearse: *Ya baja el estudiante*. Entró uno de los mozos en la casa, encerró al patron y á un criado en la cocina, apagó la luz y la lumbre, habiendo sacado antes un candil encendido, y pusieron al Conde en un cuarto destinado á los huéspedes. Encerrado el Conde, abrieron la cocina, encendieron lumbre, hicieron levantar á las mujeres de la casa que estaban acostadas; las que ni en esta noche ni en los dias sucesivos supieron quien era el que estaba encerrado en el cuarto.

Dejemos así al Conde, ya que ningun notable acontecimiento vino á turbarle en todo el tiempo que pasó en la casa de Casellas, y trasladémonos á donde se disponia su asesinato, para que nada ignoren nuestros lectores de las trágicas escenas que vamos refiriendo.

Al brigadier Prats, jefe de la compañía de oficiales, le dieron parte de que públicamente se habia hablado al tiempo de nombrar el servicio, que el Conde se hallaba en Casellas y querian asesinarle. Inmediatamente se dirigió á la casa de Porredon, y en la galería de la misma encontró varios oficiales: á poco salieron de la habitacion de Porredon, éste y el presbítero Ferrer, quedando dentro del cuarto el doctor Perles y el estudiante Masiá. Hablaron al momento del Conde; dió cuenta Ferrer del oficio de su destitucion; y todos convinieron en que era un *traidor, sanguinario é incendiario*, que queria entregar á los enemigos la provincia de Cataluña, despues de estar toda destruida, por lo cual merecia *ser asesinado*, y que aunque le quitaran mil vidas no pagaba el daño que habia hecho.

Buscaba el presbítero Ferrer quien asesinara al Conde, y habló al efecto al capitán D. Pedro Baltá, al subteniente D. Antonio Morera, á Masip y á D. Manuel Solana. Era ya una cosa pública el conato de asesinar al Conde, segun ya lo habia advertido el brigadier Prats al presbítero Ferrer, no pudiéndose concebir por qué se tuvo al Conde cuatro dias á media hora de este foco, sin ser necesarios para prevenir la seguridad de un viaje que no se trató de hacer hasta la tarde del dia 1.º de Noviembre, y para el que no se pidieron noticias ni auxilios á las autoridades, que lo eran Porredon, Serras, Prats y Riu.

El presbítero Ferrer salió de Orgañá el 2 por la mañana, acompañado del mozo Vidal, y llegando á Casellas, encargó la partida de mozos á José Canet, para que fuese con ellos al pueblo de Pons, cinco horas distante, ordenando: «que bajo pena de la vida no abandonase aquel punto en tres dias, aunque fuesen los cristinos, en cuyo caso se encerrasen é hicieran fuego hasta morir.»

Marchó la partida, y quedaron con el Conde el cabo D. Francisco Llabot, su asistente Sebastian Rivas, el cirujano Ferrer, el brigadero Domingo Sala y cinco mozos.

Mientras por última vez cenaba el Conde en Casellas, disponiéndose á marchar, sigamos los pasos á sus asesinos.

El capitán Baltá se encontró en una calle de Orgañá á las seis de la tarde con el presbítero Ferrer, el que le volvió á manifestar era preciso asesinar al Conde de España, por ser orden del general, y porque era traidor á la causa de D. Carlos; que quisieran ó no, habian de hacerlo los tres; y en vista del papel impreso que por la mañana habia leído delante de todos, y de asegurarle nuevamente que era orden superior, le contestó que obedeceria. Dirigióse entonces á la casa de Ferrer, donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el sacerdote, que saldrian á las ocho de aquella noche á los tres puentes del rio Segre, distantes tres cuartos de hora de Orgañá, en donde encontrarían al Conde de España, esperándole si no hubiese llegado; mandándoles que cuando se acercasen á él, *le despojasen de sus ropas, le atasen de cuello y piés y le arrojasen al rio*.

Al anoche se halló Baltá con el cura D. José Rosell, á quien participó el asesinato que iba á ejecutar aquella noche,

Sucedió al Conde de España el general Segarra, que gozaba de gran popularidad entre los carlistas catalanes por su carácter apacible; pero la Junta era quien man-

contentándose el clérigo con decirle: «¡Qué lástima matar á un hombre sin confesion! si quieren, yo le confesaré, y que haga un escrito.» A las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá, y poco despues, pasaron á decir á Ferrer *que marchaban, y que cómo habian de volver á entrar*. El brigadier Porredon y el presbítero Ferrer bajaron, y *éste dió á Baltá una sogá muy gruesa*, que Baltá entregó á Morera para que la llevase. Advirtióles Porredon que, cuando volviesen, *dijeran á la guardia que venian de divertirse*. Esta guardia era de oficiales y no se ponía hasta de noche, cerrándose las puertas entre nueve y diez. Las llaves de las puertas las tenía el comandante de armas D. Antonio Serra; pero esta noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredon.

Baltá y Morera salieron de Orgañá para el sitio combinado á donde había de ser conducido el Conde por Solana.

El presbítero Ferrer mandó á Masiá fuese á Casellas, y salieran al anoecer para Andorra, que él iría detrás con los mozos. Visitó Masiá al Conde, que le habló de la carrera que tenía, y aun le recitó en latín algunos versos de Virgilio.

A las siete de la noche, el cabo D. Francisco Llabot, que se hallaba en cama enfermo, ordenó al mozo Mariano Piquer que, reuniendo toda la gente, de la casa se encerrase con ella en la cocina, como lo hizo. A los mozos Miguel Sala y Coll, les mandó se fueran á acostar á un pajar para que el Conde no les viese.

Entre ocho y nueve de la noche, salió el Conde de su cuarto acompañado de D. José Ferrer, que llevaba el puñal ó la cuchilla *interosia* con que amenazó á España en la junta, de D. Ramon Masiá, que tenía la espada del Conde como hemos dicho, del brigadero Domingo Sala, y del mozo Plá que bajaba alumbrando.

Montó el Conde dentro del portal en un macho aparejado con una silla de *paigés* (labrador), estribos de madera y una piel blanca, que pidieron al patron de Casellas. Extrañando el Conde la caballería, les dijo al montar:—«*Este no es el mulo en que he venido estos dias.*» Contestóle la causa Ferrer, y despues de ponerle la capa, echaron á andar, diciendo el Conde al brigadero: «*¡Qué noche tan oscura!*»

Y era así. Alumbrados puede decirse con el solo fuego del cigarro que fumaba España, caminaba éste al suplicio con aquel horrible acompañamiento, guiado luego por el subteniente Solana que se presentó á poco.

Masiá y Ferrer dijeron al brigadero Sala, que llevaba el mulo del ronزال, *que cuando el guia se lo pidiese, se lo diera y se parase, porque el guia solo había de conducir al Sr. Conde á Andorra*. Al llegar al camino real que va á dar á los tres puentes del rio Segre cerca de la bajada de una ermita, se efectuó este cambio. Unióse Sala al cirujano Ferrer y á Masiá, que iban tres ó cuatro pasos detrás del mulo. Se pararon y ya habían perdido de vista al Conde, cuando oyeron un poco de ruido. En su consecuencia, dispusieron volverse atrás y lo ejecutaron.

Baltá y Morera, cansados de esperar en el sitio convenido, ya no creían que pasase por allí el Conde, y se disponían á regresar á Orgañá, cuando vieron á Solana que llevaba del ronزال al mulo en que iba montado España. Al llegar la comitiva frente á ellos, se pararon por haberlo ordenado Baltá, y dando éste al Conde un palo en la cabeza, le hizo caer al suelo. Preguntóles el Conde quienes eran, y contestó Baltá:—«Soy Silvestre de la Seo (a).» Suplicóle el Conde que no le maltratasen; que era un comerciante francés, y que le llevaran á la Seo, pues conocía al gobernador. La contestacion fué atarle por los brazos con una cuerda, volviéndole á montar.

Cuando llegaron al puente del rio Segre, le desmontaron, y dijo Baltá al Conde: «Si Vd. es hombre de bien, el gobernador lo verá;» y andando cuatro ó seis pasos, le tiró al cuello un lazo que había formado de la cuerda sobrante con que estaban atados los brazos, y dándole al Conde un puntapié en la espalda, cayó, y poniéndole un pié en la cabeza, tiró de la cuerda y le ahogó.

Le desnudaron, no encontrando al Conde un maravedí, y sí solo un poco de pan y unas uvas. Solana cortó la cuerda, y con la que tenía atados los brazos le ligaron los piés, y atándole una gran piedra, le tiraron al rio. Al tiempo de caer, dijo el capitán Baltá: «*Aigua au, nen, que á vall vá.*» (Hay agua, niño, que va para abajo.)

Tiraron al rio la ropa del Conde, excepto la capa, que se apropió Solana diciendo que era suya, y Baltá tomó una bolsa de

(a) Llamábase así un cabecilla liberal, cuyo nombre tomó Baltá en aquella ocasion.



daba en absoluto, y no con mucho acierto. Preparábase en aquellos dias una de las expediciones periódicas para proveer á Solsona, y sabedora de ello la Junta de Berga, no quiso consentir que Segarra saliese á combatir al enemigo, temerosa de que siendo derrotado el ejército carlista, decayese el prestigio de su general en jefe, á quien, sin duda, querian conservar para las grandes ocasiones. En consecuencia, confiósse el desempeño de aquella operacion, siempre difícil, al brigadier Burjó, poniendo á sus órdenes á los de igual clase Ibañez y Porredon y al coronel de E. M. D. José Pons, con quince batallones y unos seiscientos caballos que mandaba el brigadier Balmaseda, recién llegado de Castilla, de donde acababa de expulsarle el general Leon.

Al amanecer del dia 14 de Noviembre se hallaban estas fuerzas convenientemente situadas en las alturas y hondonadas que dominan el camino de Biosca á Peracamps: la caballería, apoyada por un batallon, fué á emboscarse á la derecha, entre las ventas del Boix y de las Birlotas, con orden de acechar cualquier descuido ú oportunidad para atacar al ejército liberal cayendo sobre su flanco, y ponerle de este modo en un conflicto que facilitase su derrota.

El general Valdés, con la mayor parte de las fuerzas de su mando, habia pernoctado en Biosca, llevando á sus órdenes, como jefes de division, á los generales Clemente de Buerens, Borso y Azpiroz (D. Antonio). Clemente dirigia la brigada de vanguardia, en la cual ocupaba un lugar preferente el comandante de Zamora D. JUAN PRIM, que mandaba en comision el *primer batallon franco provisional de Cataluña*, uno de los tres en que se habian refundido los siete que antes operaban en el Principado <sup>1</sup>.

Serian las siete de la mañana, cuando los carlistas recibieron avisos confidentiales de haber comenzado á desfilarse el convoy hácia Solsona: inmediatamente corrieron los jefes de un punto á otro renovando sus órdenes, reiterando las prevenciones y variando la disposicion de algunos puestos. Una densa niebla se extendia

seda encarnada que llevaba España al cuello, y dentro de ella dos medallas de plata, una Virgen del Pilar de Zaragoza, dos ó tres cruces y un poco de pasta de Agnus; recogiendo tambien los tirantes que era lo mejor que llevaba el Conde.

Concluida la horrible comision, volvieron los ejecutores á Orgañá, llegando á la puerta de la villa á eso de las once de la noche, abriéndoseles en seguida.

El cadáver del Conde fué hallado en la playa de una isleta que formaba el Segre entre el puente del Espía y el inmediato de Oliana.

<sup>1</sup> PRIM, tomó el mando de este batallon á mediados de Abril de 1839, inmediatamente despues de su ascenso á primer comandante. En 29 de aquel mes se hallaba ya al frente de dicho batallon, en Montblanch, desde donde solicitó licencia para tomar baños por estar enfermo de la vista.



sobre el país, ocultando á la vista el cielo y la tierra, los valles y las montañas; y en medio de aquel caos de vapores blanquecinos, millares de hombres aguardaban impacientes y silenciosos el momento cercano de dar y recibir la muerte. Avanzaba, entre tanto, el ejército liberal, envuelto en el pálido sudario de la niebla, y por consiguiente redoblando las precauciones para no ser sorprendido por el enemigo; pero la mayor cautela no bastaba á impedir que revelasen su presencia el relincho de algun caballo y el rumor inevitable de las masas en movimiento.

No tardaron en sentir su proximidad los dos ejércitos: las avanzadas liberales acababan de descubrir á sus enemigos parapetados: las órdenes de los jefes dadas á media voz, circulan rápidamente por las filas, y al ser ejecutadas, producen un profundo susurro, semejante á los ruidos misteriosos que preceden á las tempestades en la soledad del Océano. A este zumbido, sucede un momentáneo silencio, inmediatamente interrumpido por las descargas de fusilería. Las compañías de preferencia de la vanguardia liberal acababan de romper el fuego.

En aquel instante solemne acaeció un episodio, que pudo comprometer á la division de vanguardia, y acaso poner en peligro á todo el ejército. El batallon franco provisional mandado por PRIM habia formado en batalla, y estaba á punto de entrar en fuego, apoyando á las guerrillas de cazadores: un granadero, disputando con otro, le dió muerte, lo cual promovió en seguida una viva agitacion entre los compañeros de ambos. Aquel pequeño incidente podia tomar proporciones colosales. PRIM, á cuyos oidos llegó el rumor de la querella, metió espuelas á su caballo, corre á la cabeza del batallon, se entera de lo ocurrido, y arrojándose sobre el soldado agresor, le saca de las filas y manda fusilarle en el acto. Fué todo esto obra de momentos. Aquel rigor era necesario para mantener la disciplina, y PRIM no vaciló en imponer al matador la pena marcada por la Ordenanza, sacrificando un hombre á la seguridad de todos.

El batallon, dócil á la voz de su jefe, marchó al combate, buscando entre la niebla condensada por el humo de la polvora al enemigo parapetado, y arrojándose sobre él á la bayoneta; pero los carlistas peleaban á cubierto y se sostenian valientemente, y los cazadores y los francos se vieron obligados á retroceder para rehacerse. Arengó PRIM á sus soldados llevándoles por segunda vez á la refriega, en tanto que el general Clemente mandaba colocar dos piezas en batería, cuyos tiros, bariendo la niebla, despejaron algun tanto la atmósfera; entre los claros que aquella dejaba, pudo verse la multitud de carlistas que defendian el parapeto, y las masas



armadas que ocupaban las montañas inmediatas. PRIM vió el momento de atacar con éxito: las compañías de cazadores repetían las cargas, y secundando su movimiento el batallón franco, pronto arrollaron al enemigo, que abandonó la más importante de sus posiciones, huyendo á la desbandada.

Pero este triunfo no era más que el principio de una série de sangrientos combates, que debía durar tres días. Las columnas liberales continuaron avanzando, sin encontrar notable resistencia; pues los carlistas, faltos de una dirección inteligente, abandonaban todas sus posiciones, después de hacer débiles esfuerzos para conservarlas, replegándose luego en desorden sobre la izquierda de su línea. De este modo se hallaron concentrados hacia la aldea de San Climent más de tres mil hombres, á los cuales se reunió un batallón de refresco que acababa de llegar de Oliana.

Ocupada en proteger el avance del ejército, la vanguardia liberal quedó algún tanto retrasada, siendo sustituida por los batallones de Bailen y el 2.º de Zamora, que al llegar á la cumbre de una meseta, encontraron al enemigo posesionado de las alturas al otro lado del barranco que los separaba. La lucha en este punto fué terrible, sosteniéndose con obstinada porfía desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer. El batallón de Zamora, formado en masa, cargó á la bayoneta, y arrojó de su puesto á los carlistas; pero apoyándose estos en sus reservas, pronto se rehicieron y lo recobraron. Por segunda vez treparon los liberales á las alturas, despreciando el fuego mortífero que se les hacía; pero no fueron por mucho tiempo dueños de la posición reconquistada; pues acometidos nuevamente por fuerzas superiores, tuvieron que ceder, y su retirada se convirtió luego en desastrosa fuga. Más de dos mil carlistas, dando feroces alaridos, se lanzaron impetuosamente sobre los fugitivos, que en los campos de Peracamps, reblandecidos por las lluvias, quedaban atascados sin poder moverse, y en esta situación eran hechos prisioneros ó muertos á bayonetazos. El comandante de Zamora, Sanchez, y el de igual clase de Bailen, Moncada, cayeron en poder del enemigo.

Al mismo tiempo que esto sucedía en la vanguardia, la caballería carlista emboscada cargaba de improviso á la retaguardia del ejército liberal, y se apoderaba de parte del convoy; pero mientras los vencedores se ocupaban en recoger el botín, vino sobre ellos el 7.º ligero de caballería, y atacándoles valerosamente, les batió y persiguió, rescatando muchos prisioneros y todo lo que aquellos no habían podido retirar del campo.

Era ya de noche, y parecía que entonces comenzaba la batalla. El general Val-

dés no quería ceder sin dejar bien puesto el honor de las armas: observando la decadencia de la vanguardia, envió refuerzos á proteger su retirada, siendo designado á este fin, entre otros, el batallon franco provisional. Marchó este al lugar del combate, y al hacer alto, aguardando la orden de acometer, una descarga cerrada á quema ropa desordenó sus filas: PRIM cayó herido, arrastrándole al suelo su caballo acribillado de balazos: creyéndole muerto, los soldados comenzaron á desbandarse poseidos de un terror pánico; pero de repente se alza su denodado comandante, les grita enfurecido, y á su voz acerada, que domina el tumulto y penetra en los corazones, todos se reaniman, forman en masa y acometen al enemigo con empuje irresistible. Los demás batallones de refuerzo hacian tambien prodigios de valor. Los combatientes de una y otra parte se buscaban en la oscuridad, y se conocian por sus gritos de guerra; las llamaradas de la fusilería, continuamente repetidas, eran la única luz que iluminaba aquella escena espantosa: las voces de *¡Viva la reina!* y *¡viva Carlos VI!*, seguidas de sendas descargas, y mezcladas con el redoble de las cajas, los toques de las cornetas, los ayes de dolor y las imprecaciones de ira, formaban un horrible conjunto, que la pluma se resiste á describir. Las tropas liberales ocuparon al fin los campos de Peracamps; y los carlistas rechazados, pero no vencidos, acamparon á corta distancia.

Los dos ejércitos pasaron el resto de la noche á la intemperie, sin más lecho que la helada tierra, ni más abrigo que la capa del cielo, privados de alimento para reparar sus fuerzas, de agua para saciar su sed, y obligados á no encender fuegos para no exponerse á ser los unos por los otros sorprendidos.

A la mañana siguiente, parte del ejército liberal siguió á Solsona escoltando el convoy; el resto se quedó protegiendo el corte de leña, que se ejecutó á la vista del enemigo. Este, después de racionarse, destacó una brigada para hostilizar á sus contrarios; pero fué rechazada, contribuyendo PRIM con su batallon á este resultado, y desfilando aquella tarde con las demás fuerzas hacia Solsona.

El dia 16 amaneció cerrado de niebla: los carlistas, envueltos en ella, ocuparon la montaña de Peracamps, esperando la vuelta de sus enemigos para caer sobre ellos repentinamente. Por entre los claros que abria él viento en la niebla, divisaron aquellos el ejército de Valdés que desembocaba en el llano regresando de Solsona, é hicieron avanzar sus masas paralelamente á la direccion que llevaba. Terrible iba á ser el encuentro, y ya estaban á tiro unos de otros, cuando la misma niebla oscureció completamente el horizonte, interponiéndose entre ambos ejércitos. El liberal pasó



sin ser visto por delante de su contrario, y oblicuando á la izquierda, reapareció despues á lo lejos en direccion á Biosca.

El sol habia despejado la atmósfera: los carlistas corrieron en seguimiento de sus enemigos, y les alcanzaron hostigando gravemente á la retaguardia en las inmediaciones de Casa Llovera. El ejército liberal hizo alto, y al estruendo de las bandas que tocaban generala, marcharon varios batallones en columnas paralelas enfilando las alturas. Uno de estos batallones era el de PRIM: contenidos algun tiempo por el fuego de los carlistas que coronaban la cumbre de la cordillera, les cargaron á la bayoneta, y escalando la montaña, los rechazaron hasta las vertientes opuestas. Pero seguian á retaguardia otros batallones carlistas, que conteniendo el empuje de los vencedores, hicieron que se generalizase la accion hasta entrar en juego las tres armas.

Acercándose la noche, dispuso el general Valdés la retirada de su ejército; y siendo PRIM uno de los encargados de cubrir la retaguardia, tuvo que hacer frente repetidas veces á la muchedumbre de enemigos, que por momentos engrosaba: para contenerlos, se valió de una estratagema que produjo excelentes resultados: en uno de aquellos choques fingió retirarse precipitadamente, y fué á emboscarse con su batallon al lado del camino: de pronto se arrojó sobre los carlistas, que bajaban en tropel dando feroces alaridos, y los cortó haciendo en ellos mucho destrozo y poniéndoles en precipitada fuga. No por esto dejaron de rehacerse; pero manteniéndose desde entonces á respetuosa distancia, solamente hostilizaron á la retaguardia liberal con un débil tiroteo. El ejército de Valdés llegó á Biosca ya muy entrada la noche, y el carlista se retiró á Sanahuja.

Ora vez vertió PRIM su sangre en estos últimos combates, y su caballo recibió dos heridas. En recompensa de tanto heroismo y del mérito extraordinario que contrajo en aquellas jornadas, el jóven comandante fué premiado en el campo con el grado de coronel y con una segunda cruz de San Fernando de primera clase.

Aunque los carlistas no quedaron derrotados en la terrible lucha que acabamos de referir, bastaba que no hubiesen triunfado, estando de su parte todas las ventajas del terreno y del número, para producir el desaliento en sus filas y en los pueblos que les eran adictos: esto, unido á la poca actividad que demostraba Segarra, hizo que durante algun tiempo no se atreviesen aquellos á tomar la ofensiva, limitándose á emprender correrías en partidas de poca monta, que eran inmediatamente batidas por las tropas liberales. A fines de aquel año intentó el Llarch

de Copons sitió á San Juan de las Abadesas, llevando unos dos mil hombres y tres piezas de montaña; mas parece que su objeto era distraer la atención del enemigo, mientras el grueso de los suyos se reunía en San Boy de Llusanés para dirigirse á otro punto. El general Carbó desbarató estos planes, obligando á Ibañez á retirarse hacia las montañas de Berga.

### III.

El Duque de la Victoria, que, como ya dijimos, emprendió la marcha para el Bajo Aragón en cuanto hubo terminado la guerra en las provincias del Norte, dedicó toda la actividad de su génio militar á disponer los medios para emprender á su debido tiempo una campaña breve y decisiva. Tenía que operar en un país quebradísimo, donde cada risco es un reducto y cada montaña una fortaleza; en un país pobre, agotado de recursos por seis años de guerra, y defendido por multitud de formidables fortificaciones, y necesitaba trasladar á él un inmenso parque, víveres, municiones, trenes de sitio y toda clase de pertrechos; abrir caminos; establecer almacenes y hospitales en puntos convenientes; preparar, en fin, los elementos indispensables para sostener desahogadamente, sin gravámen de los pueblos, tres cuerpos de ejército, y moverlos en combinación según las circunstancias exigiesen.

A todas estas atenciones proveyó Espartero durante los últimos meses de 1839; y proponiéndose circunvalar al enemigo, encerrándole en un círculo de hierro, desde luego se dirigió al corazón del país dominado por Cabrera, estableciendo una línea que abrazaba desde Alcañiz, por Castelserás, Calanda, Fozcalanda, Alcorisa, Los Olmos, La Mata, Gargallo, Estercuel y Cañizar hasta Cabra, para darse la mano con el cuerpo de ejército confiado al general O'Donnell, que apoyándose en Teruel y Daroca, cubría la línea de Calamocha y Monreal, cerrando las salidas de las sierras de Segura y el descenso á los puertos de Albarracín; y por último, dispuso que el general D. Francisco Javier Azpiroz operase en el reino de Valencia, permaneciendo sobre la línea de Segorbe, Murviedro y Castellón de la Plana.

Este plan quedó realizado en todo el mes de Octubre, demostrando Espartero en



su ejecucion una pericia y un tino admirables ; pues logró dominar así mucha parte de Aragon , contar con el apoyo de los pueblos, conocer prácticamente el terreno y fijar con acierto la marcha sucesiva de las operaciones que meditaba, para asegurarse del éxito economizando mucha sangre. Hizo fortificar á Calanda , Alcorisa y otros puntos , ocupó á Ginebrosa y Aguaviva , y á mediados de Noviembre , estableció su cuartel general en el Mas de las Matas á corta distancia de Castellote. Fortificó tambien aquel pueblo , y mandó construir un magnifico puente sobre el Guadalope, para facilitar las comunicaciones ; y sorprendiéndole allí el invierno, crudo y riguroso, desplegó un celo infatigable en acopiar toda clase de recursos de boca y guerra , para que el ejército no careciese de nada durante aquella estacion, ni en el momento de emprender las operaciones de campaña.

En medio de tantas y tan graves tareas , cuyo mérito solo pudieran apreciar los hombres competentes en las cosas de guerra y los conocedores de aquel país , asediaban á Espartero desde la corte las intrigas y las miserias de la política. Los nuevos ministros querian granjearse su apoyo , ó por mejor decir , asociarle á su responsabilidad : dos de ellos , Narvaez y Montes de Oca , le escribieron en términos amistosos , el primero remitiendole una nota de las personas que acababan de ser removidas de sus destinos militares , y de las que se pensaba nombrar para sustituir las , y haciendole varias indicaciones y preguntas impertinentes acerca de la significacion de los demás ministros y de si convendria ó no emplear á varios personajes, etc., como si Espartero fuese el árbitro y dispensador de todas las gracias y mercedes. Montes de Oca trató de interesar al Duque , halagando sus sentimientos de lealtad y adhesion á la Reina y á su madre, y exponiendole todo un programa de la política del Gobierno. — “ La cuestion hoy consiste ( le decia ) en averiguar si han de mandar los que acatan á la Reina y á las leyes constitucionales , ó los que no han disimulado nunca su odio á la legalidad y á los reyes. Es necesario que no nos hagamos ilusiones : el partido que representaba el Congreso de diputados, recientemente disuelto, está dividido en dos fracciones : la más pequeña, compuesta de hombres de buena fé, que creen posible asegurar el trono dando un ensanche ilimitado á la libertad... Estos hombres perderian el trono por ignorancia, y la época de su mando sería transitoria. La segunda fraccion es más numerosa, y se compone de gentes que aspiran sin rebozo á trastornar el Estado. „ — Añadia que en manos del Duque estaba asegurar para siempre la libertad , el orden y el trono , por lo que esperaba no negaria su poderoso auxilio al Ministerio : „ El sistema de

este consiste en lanzar al partido revolucionario de las avenidas del poder, á toda costa, procurando que quede vencido en las próximas elecciones; organizar los ayuntamientos, las diputaciones provinciales y la Milicia nacional de manera que estas corporaciones obedezcan, y no se sobrepongan á las leyes; organizar la prensa periódica, de modo que sea un instrumento de civilizacion, y no una cátedra de insurreccion contra las autoridades; y finalmente, castigar con dureza á todos los que quieran decidir las contiendas políticas... valiendose de la fuerza y del terror.,

Espartero contestó al ministro de la Guerra con mucha circunspeccion, desentendiéndose por completo de la cuestion de personas, como siempre lo habia hecho; “y sea cualquicra (decia) la resolucion que se adopte, no habrá razon para juzgar ni para que se crea que yo haya influido.”—Al de Marina le manifestó su afecto como particular; pero le dijo que, “como miembro el uno del gabinete, y general del ejército el otro, ocupaban posiciones muy diversas, sin más afinidad que la que se infiera del superior que manda con la ley, y del inferior que obedece cumpliendo con ella; que el ejército defendería siempre lo que habia jurado, y siendo los consejeros de la corona, como debian serlo, justos y cumplidores de la ley, bastaria esto para enfrenar á los revoltosos y á cuantos se apandilláran por intereses particulares contra los sagrados de la nacion.,

Espartero desaprobaba en su conciencia la marcha política emprendida por el Gobierno y las destituciones de muchos funcionarios públicos, cuyas fundadas quejas llegaban hasta él por mil conductos. Sabia que él mismo no estaba seguro, y que se hacian esfuerzos á fin de esterilizar sus sacrificios, los del ejército y los de la nacion para afianzar la libertad de España, á costa de tanta sangre conquistada: conocia las maquinaciones que con este objeto traia entre manos el embajador francés en Madrid, tratando de que se enviase al Duque á Cataluña, durante el invierno, y ofreciendo ayudar con un cuerpo de tropas francesas á la reduccion de los carlistas catalanes, para separarle así del mando en jefe de los ejércitos reunidos, arrebatándole la gloria de la pacificacion general é imponer á España la política del gabinete de las Tullerías. Observaba con disgusto que la Constitucion era letra muerta; que en menos de un año se habian disuelto dos Congresos, que se preparaban unas elecciones fraudulentas, poniendo en juego las autoridades todos los medios de coaccion moral y material de que puede disponer un gobierno poco escrupuloso; y como se dijese públicamente en los periódicos, que él habia aconsejado las ilegalidades cometidas, y que se preparaba á sostenerlas con la fuerza, creyó necesario sa-